

LA DERECHA NACIONALISTA ENTRE FINALES DE LOS AÑOS VEINTE Y COMIENZOS DE LOS TREINTA: UNA APROXIMACIÓN A LOS CASOS DE ERNESTO PALACIO Y JULIO IRAZUSTA

ESPACIO ABIERTO

TOMÁS FORSTER – tomasforster86@gmail.com
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de
Investigaciones Gino Germani

FECHA DE RECEPCIÓN: 13-1-2021

FECHA DE ACEPTACIÓN: 8-2-2021

Resumen

En el presente artículo me propongo abordar un conjunto de posicionamientos, temas y debates impulsados por Ernesto Palacio y Julio Irazusta a través de su participación en el semanario *La Nueva República*, entre los últimos años de la década del veinte y comienzos de los treinta. A partir de la articulación y el diálogo con indagaciones y conceptualizaciones propuestas por especialistas en el tema en cuestión y en dimensiones relacionadas, el artículo se organiza del siguiente modo: inicialmente, me planteo una reconstrucción del contexto en el que emergió este grupo peculiar de la derecha argentina. En segundo lugar, desandaré algunas de las experiencias y lecturas que signaron los años de formación de Palacio e Irazusta, sus puntos en común e incipientes diferencias. En tercer término, indagaré en algunos contrapuntos que ambos mantuvieron con otros actores del campo intelectual de la época con la conjetura de que en estas controversias irrumpieron ciertos tópicos que reaparecerían en el derrotero posterior de los conservadurismos locales. Por último, me referiré a la visión de la historia nacional que delinearon estos intelectuales en el primer lustro de la década del treinta, cuando protagonizaron el surgimiento del llamado Revisionismo histórico. Palabras clave: Derecha, Nacionalismo, Palacio, Irazusta, Revisionismo histórico.

89

THE FINAL NATIONALIST RIGHT BETWEEN THE TWENTIES AND THE BEGINNING OF THE THIRTIES: APPROXIMATION TO THE CASES OF ERNESTO PALACIO AND JULIO IRAZUSTA

Abstract

In this article I propose to address a set of positions, themes and debates promoted by Ernesto Palacio and Julio Irazusta through their participation in the weekly *La Nueva República*, between the late 1920s and early 1930s. Based on the articulation and dialogue with inquiries and conceptualizations proposed by specialists in the subject in question and in related dimensions, the

article is organized as follows: initially, I consider a reconstruction of the context in which this peculiar group of the Argentine right. Second, I will retrace some of the experiences and readings that marked the formative years of Palacio and Irazusta, their commonalities and incipient differences. Thirdly, I will investigate some counterpoints that both maintained with other actors in the intellectual field of the time with the conjecture that certain topics emerged in these controversies that would reappear in the later course of local conservatism. Finally, I will refer to the vision of national history that these intellectuals outlined in the first five years of the 1930s, when they led the emergence of the so-called Historical Revisionism.

Key Words: Right, Nationalism, Palacio, Irazusta, Historical revisionism

1. Introducción

En diciembre de 1927, comenzó la trayectoria de una publicación que marcaría un nuevo rumbo entre los grupos posicionados, por ese entonces, a la derecha del campo intelectual local¹. *La Nueva República, órgano del nacionalismo argentino* fue una suerte de punta de lanza de las nuevas corrientes y tendencias que se agitaban entre las filas del conservadurismo y el catolicismo, cada vez más heterogéneas y diferenciadas en sus influencias, afinidades y torsiones. Los nuevos vientos que traía la época traspasaban las distancias y las fronteras ideológicas. La crisis profunda que sacudió a la sociedad occidental como consecuencia de la Gran

90

¹ En el presente trabajo recurro a la sociología de los intelectuales, propuesta por Pierre Bourdieu, y a su noción de *campo intelectual*. Dicha noción remite a la propia lógica autónoma de funcionamiento de este campo como una sub-esfera del orden cultural que se configura a partir de instancias de validación, relaciones de poder y competencia en torno a la disputa por la producción y apropiación de los bienes simbólicos, a la posesión del capital cultural y a la constitución de una cultura dominante. Esta dinámica se liga con la obtención (o no) de posiciones de mayor visibilidad y audibilidad tanto al interior del propio espacio intelectual, como respecto al público en general y a otros dominios plausibles de vinculación como es el campo político (Altamirano, 2013; Bourdieu, 1999). En la específica realidad argentina de la segunda mitad de los años veinte, el campo intelectual evidencia la profundización de un proceso social de creciente modernización, diferenciación, autonomización y profesionalización que se inicia entre finales del siglo diecinueve y comienzos del siglo veinte (Altamirano y Sarlo, 2016; Sarlo, 1988). A su vez, cabe señalar como un factor gravitante la relación asimétrica y desigual del campo de la cultura rioplatense y argentina respecto de otros centros de producción e intercambio cultural, a raíz del lugar periférico y dependiente que detentaba el país en el escenario internacional. Esta situación de relativa marginalidad, en cuanto a la circulación planetaria de bienes simbólicos, influyó en la configuración de un campo cultural local condicionado por los sentidos y representaciones de la cultura dominante impuesta, por ese entonces, desde Europa occidental (Said, 2006). En lo que respecta al caso de los neorrepublicanos, de Palacio e Irazusta en particular, se verá como sus entredichos, movimientos y posicionamientos al interior y desde el campo intelectual se verán afectados tanto por su diferenciada recuperación de autores y pensadores de las derechas y los nacionalismos europeos, como por su inicial apoyo y luego alejamiento del régimen de facto que signó la década del '30 en la Argentina.

Guerra, la Revolución Rusa y la irrupción del fascismo, se combinó, en estas orillas, con las particularidades de la realidad local. La cuestión social, los temas de una “nueva generación” que se reconocía a partir de una “nueva sensibilidad” (Funes, 2006; López, 2010), la cristalización identitaria de la juventud como agente social y político de renovación y cambio², transcurría en simultáneo con una suerte de impugnación dirigida al orden liberal-democrático y a su estructura institucional. Dicha impugnación, que fuera central en la Europa de la temprana posguerra, emergió de modo marginal y luego creciente en el escenario político argentino.

Pese a estos acontecimientos de alcance global, la Argentina de 1927 todavía podía presentarse en un estado de situación auspicioso y optimista a los ojos de un observador algo desprevenido. Marcelo T. de Alvear encaraba el último año de su sexenio y la bonanza de los llamados “años locos” se expresaba en las cosechas récord, la alfabetización de amplios sectores, la imparable urbanización, la popularidad del tango canción con la figura estelar de Carlos Gardel, la aparición del cine y el auge del radioteatro, la importancia de una incipiente industria vinculada a la exportación y los servicios, y el crecimiento exponencial de las nuevas capas medias sustanciadas por una incesante oleada inmigratoria que había modificado el paisaje social del país desde las últimas décadas del siglo anterior.

La Unión Cívica Radical (UCR) se debatía internamente entre personalistas y antipersonalistas, amén de su heterogénea composición, que comprendía desde ilustres integrantes de la élite agro-ganadera hasta a los llamados compadritos y “guapos” que proliferaban por los comités de barrio. “Marcelo” buscaba convertirse en el jefe máximo del partido e imponerle un candidato propio al “peludo”, como se lo conocía popularmente a Hipólito Yrigoyen, consecuencia de su estilo entre enigmático y reservado. Pero el veterano líder despuntaba sus consabidas astucias organizativas mientras agigantaba su estampa de caudillo

² Un caso emblemático de la promoción de la juventud como agente político transformador, en América Latina y Argentina, fue La Reforma Universitaria de 1918, surgida en la Universidad de Córdoba y propagada entre los nacientes movimientos estudiantiles de ciudades tan distantes entre sí como Buenos Aires, Lima, La Habana o México (Funes, 2006).

inoxidable con el objetivo de alcanzar un nuevo mandato presidencial en las elecciones de 1928. Más allá de esas crecientes escaramuzas partidarias, el consenso en materia política y económica parecía predominar entre los principales partidos y figuras del momento (Halperín Donghi, 2007; Luna, 1982; Ramos, 2013; Romero, 1996).

Tanto la república democrática establecida con la Ley Sáenz Peña como el modelo agroexportador no eran puntos de discusión o discordia entre el arco variopinto de la dirigencia política de ese entonces, en un abanico que, como apuntalara Tulio Halperín Donghi (2007), abarcaba desde el ultraconservador Manuel Carlés al diputado socialista Alfredo Palacios. Exceptuando, claro está, al todavía influyente y heterogéneo movimiento anarquista con el consabido matiz de que algunos sectores del anarcosindicalismo, corriente dominante en ese entonces en el campo libertario, establecieron una nueva estrategia marcada por la apertura parcial de puentes de diálogo y negociación con el gobierno radical en virtud de reclamos laborales y conquistas salariales (Rock, 1975).

Muy disgustada por los métodos y formas plebeyas del yrigoyenismo, reacia a la impronta de los nuevos grupos de carácter popular que habían ingresado a los entramados del poder público, la clase alta tradicional combinaba la intención por acaparar posiciones estratégicas en ministerios gubernamentales con el rechazo virulento a las nuevas condiciones sociales y políticas que habilitaba el gobierno radical. Las primeras señales de su encolerizada reacción habían aparecido durante los acontecimientos de la llamada Semana Trágica, acaecidos en enero de 1919 en la ciudad de Buenos Aires, y en las sendas masacres desatadas, en los años sucesivos, contra los hacheros de La Forestal en el noreste del país y los trabajadores rurales de la Patagonia. La cuestionable posición del gobierno de Yrigoyen ante estos conflictos, que pasó sin más de unas primeras señales ambivalentes de negociación a la orden de represión, se vio sobrepasada por el accionar violento de grupos civiles, como sucedió en el caso del *pogrom* encabezado por la Liga Patriótica de Carlés contra la población judía afincada en la ciudad de Buenos Aires durante la mencionada Semana Trágica (Devoto, 2002).

2. El antecedente Lugones y “la nueva sensibilidad” de los años veinte

En consonancia con este accionar regresivo, y recrudesciendo aún más en esta postura reaccionaria, el gran poeta modernista Leopoldo Lugones completaba, a comienzos de la década del '20, su más que pronunciado viraje ideológico. Lejos quedaba el socialismo libertario de su juventud, convertido primero al liberalismo-conservador durante la Primera Guerra Mundial, Lugones extremaba su posición al compás de la animadversión que sentía por el carácter irreverente y masivo del yrigoyenismo. En su famoso “Discurso de Ayacucho” de 1924, ante la atenta mirada del futuro presidente de facto Agustín Pedro Justo, por ese entonces ministro de guerra de Alvear, el autor de *El payador* invocó al ejército como el destinado a dirigir los destinos del país. En dicha ocasión, Lugones intentó justificar su llamamiento a “la hora de la espada”, con afirmaciones como la siguiente:

El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. Sólo la vida militar realiza en este momento histórico, la vida superior que es belleza, esperanza, fuerza³ (Funes, 2006: 350).

93

Lugones tuvo el dudoso mérito de intuir y anticipar motivos que, en los años sucesivos, se transformarían en elementos neurálgicos del mensaje argumentativo de la nueva derecha nacionalista que emergería a finales de la década del veinte. El poeta fue, de cierta manera, uno de los primeros que pretendió resquebrajar el consenso en el que se había comprometido un diverso arco político a partir de la promulgación de la Ley Sáenz Peña. Un consenso que tenía dos pilares: el respeto al orden democrático y la garantía del laicismo como eje de la vida civil y educativa, con la ley 1420 como piedra basal.

Si Lugones marcó el tono que tuvieron las primeras tentativas de cuestionamiento estructural al consenso democrático, lo hizo influido por el surgimiento del

³ En su análisis histórico sobre aquella exhortación del poeta cordobés, Patricia Funes resalta que “el discurso (criticado por varios intelectuales latinoamericanos, entre ellos, por Vasconcelos y por Mariátegui) provocó la suficiente inquietud local como para que su mismo autor solicitara su reproducción completa en las página de su tribuna preferida, el diario *La Nación*” (Funes, 2006: 350).

fascismo al que terminó adscribiendo, pero también por una transformación en el clima de ideas y percepciones respecto de décadas anteriores. En la conceptualización propuesta por María Pía López (2010), se trató de una “atmósfera” de época en la que las filosofías de la vida, sintetizadas con el nombre de “vitalismo”, atravesaron el campo social en su conjunto, las ciencias y las artes, la actividad política y cultural.

La influencia ostensible y la recepción peculiar de pensadores críticos de la razón instrumental como Nietzsche, Simmel, Bergson, Spengler, Sorel o del filósofo español José Ortega y Gasset, complementada con la peligrosa idea extraída de las trincheras de la Primera Guerra Mundial basada en el supuesto que consideraba a la violencia como potencialmente purificadora, junto a la voluntad de acción por encima de cualquier raciocinio especulativo, habían tallado fuertemente entre la nueva generación de intelectuales que asomaba (Casullo, Forster y Kaufman: 1999). En los términos sintetizados por György Lukács, eran años en los que se vivía un auténtico “asalto a la razón” en los que el vitalismo, surgido en la Alemania imperial de finales del siglo diecinueve y comienzos del veinte, fue “más que una escuela”, y se presentaba como “una tendencia general que se infiltra en casi todas las escuelas o que, por lo menos, las influye. Y esta influencia va, además, en constante aumento” (López, 2010: 18). Y si el movimiento vitalista recorría como una corriente eléctrica una Europa que se tensionaba entre el cataclismo bélico, una más que compleja reconfiguración geopolítica y un conjunto de novedosas experiencias políticas y estéticas, ese mismo vitalismo cruzaba el océano Atlántico e irradiaba en la vida latinoamericana y argentina.

En ese marco, como una suerte de puente intergeneracional y actualizador de la renovación filosófica en curso desde fines del siglo diecinueve (Terán, 2008), se inscribió la profusa actividad de Ortega y Gasset que resultó un actor fundamental en lo que se refiere a la circulación en el campo intelectual local de las ideas vitalistas, los cuestionamientos al paradigma positivista y la gestación del llamamiento generacional. El fundador y director de la *Revista de Occidente* fue un decisivo y notorio difusor de esta “nueva sensibilidad” en la Argentina a partir de sus reiteradas visitas y conferencias (la primera de ellas en Buenos Aires, en 1916)

que lo llevaron a estrechar lazos con nuevos grupos de la intelectualidad emergente que iban conquistando espacios de mayor visibilidad y audibilidad. Crítico del materialismo histórico, Ortega y Gasset enfatizó la trascendencia de la dimensión cultural, de lo espiritual, del juicio estético y la aptitud moral por sobre las relaciones de producción y la lucha entre clases sociales antagónicas. Esta apreciación se combinaba con una fuerte creencia en el rol de las nuevas generaciones como los verdaderos agentes transformadores de la historia y con un enfoque pesimista respecto del rol de las masas y de las mayorías populares (López, 2010; Terán, 2008).

A su vez, en la segunda mitad de la década del veinte, la valoración de “lo nuevo” asociado a la impronta generacional y a la apelación elitista, se combinó con la búsqueda de un nuevo mito que sirviera como símbolo ordenador, fuerza movilizadora y llamado a la acción. El mito como idea-fuerza, reinventado por el teórico anarcosindicalista George Sorel en vinculación con la metodología insurreccional de la huelga general, irradió en vastos y diversos actores, expresiones ideológicas y geografías. Cada corriente o grupo con intenciones de superar al liberalismo decimonónico, en proceso de descomposición, fue en búsqueda de su propio mito. Dirigentes, pensadores y expresiones colectivas provenientes tanto de las izquierdas como de las derechas, fundados en la crítica al sentido ilustrado y teleológico de progreso, imbuidos de tonos neo-románticos, buscaron potenciar sus programáticas con un mito que actuara como fuente de energía, identificación y cohesión para la lucha.

3. Las primeras “estocadas” de Ernesto Palacio: entre el Grupo Florida y el catolicismo integrista

Las nuevas filas del catolicismo integrista trasladaron estos elementos al interior de una iglesia local que no estuvo al margen de las controversias y encrucijadas que embravecieron a los años veinte. En la estructura eclesial, basada en el culto a la disciplina y a la jerarquía como valores fundamentales, estuvo a la orden del día el debate sobre qué rol y posición debía tomar la militancia católica ante las novedades suscitadas. En un momento de fuerte cuestionamiento al racionalismo

cartesiano, ante la disolución parcial del paradigma liberal-positivista que había dominado a la etapa precedente, en diálogo con cierta incipiente rehabilitación del pasado colonial-hispánico que realizaban en la Argentina escritores como Manuel Gálvez o Enrique Larreta, las nuevas promociones de la iglesia iniciaron una fase ofensiva, a través de estrategias y modalidades más dinámicas, belicosas, heterodoxas y hasta seculares en sus fuentes, que la diferenciaron de la camada anterior. Emergió así un nuevo catolicismo “nada moderno y muy siglo veinte”, tal la fórmula de Ortega y Gasset, recuperada por Tulio Halperín Donghi (2007) al caracterizar estos ademanes intransigentes en los que bullían las nuevas corrientes contrarrevolucionarias.

En ese contexto de retorno ofensivo del catolicismo, inicialmente elaborado puertas adentro en los Cursos de Cultura Católica, esta suerte de renovación iba a potenciar su circulación y alcanzaría un público más amplio con el seminario *Criterio*, establecido a partir de 1928. En algunos casos, la actuación de los jóvenes intelectuales y escritores, que se formaron en esos años y que comenzaron a publicar en simultáneo en *Criterio*, en *La Nueva República* o en el diario *La Fronda* que dirigía Francisco Uriburu (primo del futuro dictador José Félix Uriburu), no se circunscribió solamente a estos espacios de la ofensiva conservadora. El caso de Ernesto Palacio es el más elocuente en este sentido. Cercano en su primera juventud al anarquismo, allá por finales de la década del '10, en los años veinte fue parte del llamado grupo Florida y escribió en la revista *Martín Fierro*⁴. Apoyado en su pluma elegante y sagaz, supo combinar la impronta cuestionadora y vehemente de los escritores de vanguardia con formas clásicas y distinguidas propias de su formación docta en teorías del Estado.

Y así como Palacio publicó en la principal revista de la vanguardia local de los años '20, otro tanto hizo el joven Jorge Luis Borges, que llegó a escribir en *Criterio* pese a

⁴ Véase: Darío Pulfer (2019). Trayectoria de Ernesto Palacio: de Martín Fierro al primer peronismo. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

su agnosticismo declarado y al entusiasmo que expresaba por el yrigoyenismo⁵. En un campo intelectual que se autonomizaba sin dejar de verse atravesado por los álgidos asuntos políticos de la época (Sarlo, 1988), las disputas y los bandos arreciaban entre la nueva camada de escritores, intelectuales y artistas, pero también los vasos comunicantes, los puntos de encuentro y, en los términos de María Pía López (2010), la sensación de habitar una atmósfera común.

Más allá del neocriollismo vanguardista de Florida o del realismo social de Boedo, la verdadera ruptura tuvo carácter generacional y los principales destinatarios de las diatribas fueron los más célebres escritores modernistas de la generación previa (Sarlo, 2016). El choque fue entre nuevos y viejos sentidos pero también obedeció a la lucha más descarnada de índole intergeneracional, consistente en cuestionar y disputar las posiciones de mayor resonancia, visibilidad y reconocimiento de las que gozaban aquellas figuras señeras del campo intelectual, como Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez o Ricardo Rojas. *El tamaño de mi esperanza*, el irreverente ensayo en el que un Jorge Luis Borges de 25 años criticaba fuertemente al autor de *Las montañas del oro*, se inscribe como un movimiento estratégico en esta “guerra de posiciones” que estableció la nueva camada literaria e intelectual respecto de los “popes” de la vida cultural nacional de principios de siglo. En esos lineamientos, los referentes literarios en torno a las que se nuclearon los jóvenes de Florida fueron el atildado estanciero Ricardo Güiraldes (cuyo secretario, por un tiempo, fue el propio Roberto Arlt como es conocido) y el inclasificable Macedonio Fernández: ambos escritores de experiencia, poseedores de vastos recorridos, pero instalados, hasta mediados de los años veinte, en un lugar marginal del campo literario.

Y si Borges tuvo algún encontronazo con sus notorios predecesores, Ernesto Palacio también tuvo sus contiendas. Palacio emprendió su propio esfuerzo de renovación apoyado en su filosa retórica y en su talento de fino polemista. Este

⁵ Como es conocido, en 1934, Borges escribirá el prólogo al poema de tono gauchesco *El paso de los libres* de Arturo Jauretche, quien había participado el año anterior de una sublevación de oficiales yrigoyenistas, ocurrida en la localidad correntina y fronteriza de Paso de los Libres, contra el régimen de facto presidido por Agustín P. Justo.

“guerrillero de la pluma”, tal como lo definió Halperín Donghi (2007), opuso su concepción del nacionalismo al patriotismo que decía invocar Lugones. Este último, en una interpretación que será repetida posteriormente por otros nombres menores de la corriente reaccionaria, como el del cura Julio Meinvielle, opondrá “el viejo, sano y cordial patriotismo” al nacionalismo de *La Nueva República* que para Lugones será una “precipitada imitación de una mala cosa europea” (Halperín Donghi, 2007: 260). En su respuesta, Palacio, en una de las primeras tentativas por delinear el perfil del nuevo nacionalismo en ciernes, resaltaré la intención de esta corriente por “entroncar en la tradición del país, y mantenerse en el terreno de nuestras instituciones” (2007: 261), frente a las invocaciones de Lugones, a quien Palacio presenta como responsable de una ruptura mayor con las tradiciones argentinas.

En aquellas primeras estocadas, Palacio buscaba sustentar y legitimar su visión sobre la base de la historia institucional del país desde 1853 en adelante, reconvirtiendo esa misma tradición que decía retomar. De acuerdo en este punto con Halperín (2007),

la ambición de entroncar en la tradición del país esconde mal la de redefinir los contenidos de la tradición misma, que a su vez se prepara a desembocar en la postulación de una tradición alternativa a la que ha sido hasta entonces patrimonio común de los argentinos (p. 262).

En ese primero momento, el peso de la crítica en Palacio estaba puesto en el sistema democrático y en el avance del laicismo diseñado por la clase dirigente en las últimas décadas. El caso de Palacio resulta ilustrativo porque en sus años de formación se condensa la compleja inspiración ideológica de la nueva derecha.

El catolicismo integral-tomista, de contenido organicista, comunitarista y jerárquico, sirvió de sustrato conceptual para la proliferación de las vehementes sentencias antimodernas que profería la nueva generación de militantes feligreses. Entre ellos, se destacaba César E. Pico, un médico y biólogo, de verba intransigente, que según describe Halperín, acaparó la atención del grupo de jóvenes católicos que integraba Palacio. Pico no tenía pruritos en cuestionar a los notables de la

generación previa, a los que acusaba de conducir al catolicismo a una posición defensiva y resignada, casi autocomplaciente, e incluso dispuesta a transigir parcialmente con las imparables tendencias seculares.

Palacio, más joven que Pico, pero también formado en la nueva sensibilidad del período temprano de entreguerras, fue aumentando el tenor de sus críticas, que en reiteradas ocasiones pronunció en el propio semanario *Criterio* y luego en la Revista *Número*. Al igual que su mentor, y a juzgar por sus fuentes de interpretación y su estrategia argumentativa, Palacio fue más lector de Santo Tomás de Aquino que de los propios textos bíblicos, guiado por una heterodoxia de cuño restaurador y antiliberal como la que esgrimió en otro recordado debate con un referente del catolicismo político de la generación anterior, Tomás R. Cullen, al que Palacio le reprochó “su fe en la democracia universal” (Halperín Donghi, 2007: 265).

En complementariedad con su estilo polémico, su “tomismo contestatario”, Palacio se movía en esas primeras peripecias y controversias, con el influjo de Joseph de Maistre, el teórico francés de la contrarrevolución, en quien vio al artífice de una genealogía antimoderna presta a reavivarse en la década del '20. “La hora de José de Maistre” fue el título del artículo destinado a salir publicado en el semanario *Criterio* que finalmente no salió a la luz, posiblemente como consecuencia de las crecientes diferencias de Palacio con la dirección “decimonónica” de *Criterio*. Los integrantes de la nueva generación de activistas católicos, con Palacio entre ellos, crearon entonces *Número*, su propia tribuna de opinión. De allí en más, Palacio elegirá esta publicación y *La Nueva República*, de la que era editor general y encargado de la sección política, para complementar las dos vertientes de su accionar político-intelectual: el nacionalismo antiliberal y el catolicismo integrista.

4. El nacionalismo elitista en gestación del joven Julio Irazusta

La formación de los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta fue, inicialmente, más ecléctica y menos ligada a los circuitos sociales auspiciados por la iglesia. Herederos de una familia tradicional y acaudalada de la ciudad entrerriana de Gualeguaychú, viraron de un inicial alineamiento con el yrigoyenismo, como

consecuencia de las simpatías radicales de su padre, a una mirada intensamente opositora durante la segunda y última presidencia del caudillo radical. En el tránsito entre estos dos posicionamientos opuestos, los Irazusta se acercaron, desde los inicios de la década del '20, a posiciones ligadas al emergente nacionalismo antidemocrático, en particular al elaborado por el antisemita Charles Maurras y su llamada Acción Francesa.

En sus *Memorias* (1975) (*Historia de un historiador a la fuerza*), Julio Irazusta recordará la importancia que tuvo su encuentro con la perspectiva de Maurras, muy resonante en los nuevos círculos de las derechas de los años veinte. Fundamentada en un nacionalismo elitista y monárquico pero reacio a incorporar componentes propios de la doctrina católica - al punto que, tal como señala Patricia Funes (2006), el Vaticano se pronunció contra la Acción Francesa en 1926 -, la influencia de Maurras fue absorbida por el menor de los hermanos Irazusta en combinación con los teóricos de la contrarrevolución, en especial Edmund Burke. Así como los temas tratados por de Maistre fueron motivo de una lectura recurrente para Ernesto Palacio, en el caso de los Irazusta fue más fuerte el influjo de Burke, ese defensor “whig” de la revolución estadounidense que condenó la ambición universal de la Revolución Francesa “en nombre de un liberalismo orgulloso de sus raíces en una precisa tradición nacional” (p. 272), tal como precisa Halperín (2007) con su consabida erudición.

Fruto de un largo viaje iniciático por Europa, en 1923, al amparo de la sólida situación económica de su familia, Julio Irazusta experimentó de primera mano el clima de la primera posguerra, aquello que percibía como “la creciente amenaza del comunismo” impulsado desde Moscú, la emergencia de las nuevas extremas derechas a partir de la marcha sobre Roma del '22 y los crecientes cuestionamientos, cada vez más generalizados, a las democracias liberales. Más afín a una combinación entre liberalismo, nacionalismo y elitismo, a la manera de Burke, Irazusta incorporaba a su formación, la presencia de una tradición anglosajona que en Palacio no revestía mayor importancia.

Menos inquieto y andariego que Julio, su hermano Rodolfo, futuro director de *La Nueva República*, se mostraba por entonces más atento a la coyuntura nacional. Observador de la realidad de su tiempo desde la especificidad de una vida estanciera arraigada al litoral, Rodolfo criticaba el avance de las ciudades sobre la campaña. Y juzgaba a este avance ciudadano como “el motivo de la ruina del país”, como lo sostendrá en *La Nueva República* (Halperín Donghi, 2007). Rodolfo, en este sentido, inauguró una preocupación que será central en la futura producción de los Irazusta: la imbricación entre el supuesto descuido por parte de la dirigencia nacional respecto de las “fuentes camperas primigenias” del país y las implicancias económicas que este supuesto descuido tendría.

En el mismo sentido, resulta ilustrativo recuperar una polémica que Julio Irazusta mantuvo con Manuel Gálvez y que muestra a las claras los elementos que conformaron la ruptura con el consenso democrático por parte de estos jóvenes nacionalistas. En lo que será una constante a lo largo de su trayectoria y que repetirá en su posterior enconada oposición al peronismo, en la primera etapa de *La Nueva República*, Julio Irazusta expresaba un tenaz rechazo a cualquier atisbo de reforma social que mejorara la situación de los trabajadores. Desde esa posición y con la llamada cuestión social en la mira, en 1928, en las páginas de *La Nueva República*, el futuro escritor del *Ensayo sobre Rosas* decidió confrontar con el autor de *El Diario de Gabriel Quiroga*.

Manuel Gálvez juzgaba como positiva a la acción gubernamental desarrollada durante la primera presidencia de Yrigoyen (1916-1922), haciendo hincapié en el área social con la generalización de la jornada laboral de ocho horas y la implementación del salario mínimo. Julio Irazusta, en tanto, manifestaba una impresión opuesta. Menos enfocado que Palacio en criticar el inexorable proceso de liberalización y secularización de valores, derechos individuales y civiles, o que el escandalizado Tomás Casares ante el avance de la lucha por los derechos de las mujeres en la sociedad dinámica de la década del `20, Irazusta dirigirá sus dardos a la moderada reforma social que había impulsado el radicalismo yrigoyenista sobre la base de la república democrática establecida a partir de 1916.

La investigadora Noriko Mutsuki (2004), en el minucioso trabajo que le dedicó a Julio Irazusta, indagó en la controversia que el menor de los hermanos mantuvo con una de las figuras señeras del modernismo, con quien en la década siguiente compartirá la pertenencia al Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas y la obsesión por reivindicar la figura del célebre gobernador de Buenos Aires.

En su artículo, titulado “Respuesta a Manuel Gálvez”, Irazusta anticipaba muchas de las críticas que posteriormente recibiría el peronismo. Irazusta afirmaba que Yrigoyen “no tuvo por el obrero otro interés que el de atraerlo a los comités del partido, porque sus leyes no fueron útiles, porque su ataque indirecto al capital fue demagógico”. A su vez, consideraba que “el gobierno debe ser imparcial, pero no puede ser neutral” en los conflictos entre el capital y el trabajo. Y, para rematar su argumentación, condenaba la limitación de la jornada laboral a ocho horas “en un país como el nuestro, en el que hay tan pocos brazos”. Un comentario aparte merece la aparición, en este artículo, de la denuncia de la entrada desmedida del capital extranjero durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen porque el asunto de la injerencia externa (fundamentalmente británica) será un aspecto que, en el contexto de la década siguiente, reaparecerá en los ensayos de los Irazusta de un modo central pero con otra magnitud, otros responsables y destinatarios.

Al mismo tiempo, Irazusta combinaba esta preocupación por la soberanía económica en su respuesta a Gálvez con otro artículo, que por supuesto apareció en *La Nueva República*, y que tituló “Las finanzas”. Allí exhibía su rechazo a “la injerencia estatal en la actividad económica” porque, desde su razonamiento, implicaría “una lógica fatal que inexorablemente conduciría a una hipertrofia del aparato estatal”. En los términos planteados por Mutsuki, se torna evidente que en el joven Julio Irazusta se combinaban una dimensión liberal-ortodoxa, incluso más intransigente que la mantenida por la elite del `80 y por los conservadores reformistas de la década del `10 en lo que refiere a la cuestión social, con un bosquejo de lo que será su venidero modo de practicar el nacionalismo en clave de parcial soberanía económica sujeta a los intereses de un segmento de la clase

estanciera afincada en una región - el litoral mesopotámico - rezagada por la poderosa Buenos Aires.

5. La apuesta golpista de los jóvenes neorrepublicanos

Por andariveles distintos, a través de lecturas y referencias diversas y hasta en tensión doctrinaria entre sí, los jóvenes neorrepublicanos (fundamentalmente los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio y, en menor medida, César E. Pico, Tomás Casares y Juan Emiliano Carulla) llegaron a una conclusión similar que explica las actividades abiertamente destituyentes con las que contribuyeron al golpe militar del 6 de septiembre de 1930. Esa conclusión común de la “muchachada neorrepublicana” se basaba en el combate que mantuvieron contra el sistema democrático sostenido en el sufragio secreto y obligatorio y en la participación electoral de las masas (participación limitada porque no incluía el derecho a votar de las mujeres, conquista que se logrará recién con la Ley 13.010 o Ley Evita, promulgada en 1947).

En dicha posición combativa y antidemocrática confluyeron católicas integristas, “nada modernos y muy siglo veinte”, con nacionalistas conservadores, las dos ramas y vertientes que constituyeron la línea editorial de *La Nueva República*. El énfasis generacional y *el* juvenilismo estaban muy presentes entre los neorrepublicanos. Tal como refiere Olga Echeverría (2004), “se proclamaban la juventud que había sido “llamada” a superar los errores políticos de las generaciones pasadas y guiar la renovación estético-intelectual, política y social de la Argentina” (p. 174).

Desde esa disposición y, a medida que la tercera presidencia radical entró en una fase crítica, los neorrepublicanos devinieron en acérrimos opositores y depositaron sus esperanzas en acceder al círculo de confianza de José Félix Uriburu, un general de formación prusiana e integrante de una tradicional familia conservadora de la provincia de Salta. En esta postura, coincidieron momentáneamente con Leopoldo Lugones, de quien antes buscaron diferenciarse parcialmente, en especial “el martínfierrista” Ernesto Palacio.

En aquel epílogo vertiginoso, turbulento y aciago, en ese trance previo a que el país quebrara su continuidad institucional iniciando una serie de golpes militares que signarían el derrotero del siglo veinte, la democracia fue adjetivada por la negativa, reducida al mero parlamentarismo y cuestionada en sus cimientos y valores. Siguiendo la dicotomía propuesta por Patricia Funes (2006) para pensar políticamente a la década del veinte, entre “cambiar el orden y ordenar el cambio” los neorrepublicanos plantearon la separación entre el concepto de democracia y el de república, a la que circunscribieron a su significado primero, reduciéndola exclusivamente a la administración de los asuntos públicos. De tal manera, buscaron ejemplos en la antigua Roma, anticipando operaciones históricas que profundizarían en la década siguiente, y en simultáneo con su enconado - aunque circunstancial - rechazo al yrigoyenismo, delinearon nuevos modelos de regímenes autoritarios.

En estos lineamientos, el problema de la clase dirigente, tal como lo formula Fernando J. Devoto, apareció prefigurado en aquella primera etapa de *La Nueva República*. En “Nuestro programa”, texto de lanzamiento del periódico en diciembre de 1927, cuya redacción corrió por cuenta de Julio Irazusta, es posible encontrar según afirma Devoto (2018) “una descripción de los males argentinos menos innovadora que reiterativa, pero que incluye un cuestionamiento a cuarenta años de “desorientación espiritual” de las clases dirigentes, cuyo resultado ha sido la carencia en el país de “guía y dirección” (p. 212). En estas primeras incursiones, Julio Irazusta encontró un posible modelo en una forma mixta de gobierno inspirada, según su visión, en una suerte de república aristocrática a la manera de la República romana, la República veneciana durante el Renacimiento o la monarquía parlamentaria inglesa surgida a finales del siglo diecisiete.

Como se afirmó, en esta etapa inicial de *La Nueva República*, tanto para Ernesto Palacio como para los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, el peso de la crítica se dirigió a la democracia de masas y al proceso de ampliación de derechos individuales que esta supuso. Los neorrepublicanos, en los términos planteados por Echeverría (2004):

Señalaban que las generaciones que habían dado una organización a la Argentina se habían mostrado incapaces de advertir que los elementos “no controlados” derivaban fatalmente en el caos. Por lo tanto, y sin mayor originalidad acusaban a los gobernantes liberales del surgimiento de ideologías contestarías y prácticas disolventes en el seno de las clases subalternas. Del mismo modo, cuestionaban la reforma electoral de 1912 generadora de una participación desmedida y descontrolada de las masas (p. 174).

En consonancia con uno de los tópicos más frecuentados por las corrientes y elites conservadoras de la época - incluso aquellas con acepciones propias de la tradición liberal -, Palacio y los Irazusta veían una posible concatenación, una cadena de acontecimientos, entre la consolidación y continuidad del sistema democrático, el consecuente avance secular de los derechos civiles y el estallido de la revolución social. La ruptura de los neorrepublicanos con la simbología construida por y en torno de la elite que llevó adelante los destinos del país luego de la batalla de Caseros (1852), y con el relato histórico mediante el que la línea triunfante fundamentó su accionar pretérito, será una cuestión que emergerá como resultado de la decepción en las filas del nacionalismo de carácter elitista ante el curso tomado por la administración de facto de José Félix Uriburu que será rápidamente relevada por los sectores del conservadurismo liberal que lideraba Agustín Pedro Justo.

105

6. La hoja de ruta de los neorrepublicanos durante los años treinta: del desencanto con el régimen de facto al redescubrimiento histórico

El cuestionamiento a la elite portadora de “40 años de desorientación espiritual”, que fuera esgrimido en aquella primera editorial de *La Nueva República* con el título de “Nuestro programa”, escrito por Julio Irazusta, prefiguró de cierta manera los temas de los que se ocuparían los hermanos entrerrianos y Ernesto Palacio en la década posterior.

“El problema de la clase dirigente”, como lo enunció Devoto (2018), será un aspecto medular en las intervenciones de estos peculiares nacionalistas en los años '30. Sin embargo, consumado el golpe del 6 de septiembre, esa mirada se

desplazaría desde el antiyrigoyenismo que profesaba el grupo en la primera etapa hacia una ruptura más general con la tradición liberal-conservadora y al desentrañamiento del relato histórico con el que esta tradición se legitimaba. Oscar Terán resumió, con elocuencia, la apuesta de los Irazusta en esos años tumultuosos: “El mensaje será claro: se trata de localizar una nueva clase dirigente que, desde la política y el antiliberalismo, reinstale principios y criterios de soberanía nacional. Estamos entonces ante la reflexión de una elite sobre otra elite” (Terán, 2008: 237).

De acuerdo con Andrés Kozel, de la trayectoria de *La Nueva República* pueden distinguirse dos etapas muy marcadas, separadas por ese punto de inflexión que significó el golpe del 6 de septiembre de 1930. Hasta ese momento, los neorrepblicanos mantuvieron líneas de contacto con el sector históricamente predominante de los liberal-conservadores, mientras que al calor del fracaso de la dictadura corporativista que pretendió encabezar Uriburu, iniciaron un proceso de ruptura con la elite dirigente.

En su investigación sobre los vínculos entre conservadores y nacionalistas en los años treinta, María Inés Tato se ocupa del caso de *La Fronda*, el diario dirigido por Francisco Uriburu, primo del general golpista, en el que también escribían Ernesto Palacio y Rodolfo Irazusta. Tato se refiere a la salida de estos de la redacción de *La Fronda* como consecuencia de decepción que sufren con la dictadura de la que este diario sería ferviente defensora hasta el final. Según refiere Tato (2005):

El desencanto de los nacionalistas con la fugaz experiencia uriburista encontró manifestaciones tempranas en algunos colaboradores de *La Fronda*, que pronto se desvincularon del diario, como Rodolfo Irazusta y Ernesto Palacio, abiertamente críticos del general Uriburu desde la dirección de la tercera época de *La Nueva República* (p. 124).

El lugar marginal, casi inexistente, que el régimen de facto les otorgó a los neorrepblicanos se combinó con la decepción de estos al ver como la abrumadora mayoría del nuevo elenco gubernamental estaba conformado por integrantes, herederos o adeptos, de la añeja dirigencia liberal-conservadora que

fundamentalmente buscó restablecer su situación de predominio en condiciones lo más similares posibles a las que gozara durante la era de la República oligárquica o “República Posible”, para decirlo con la fórmula alberdiana. Pero el país del ‘30 y el contexto internacional eran muy diferentes al de las últimas décadas del siglo diecinueve para intentar replicar el modelo relativamente exitoso de la generación del ‘80.

Siguiendo el estudio de Kozel, en el artículo *La filiación histórica* elaborado por Rodolfo Irazusta en octubre de 1931, se puede encontrar el primer hito de la nueva etapa. De acuerdo a este especialista, en el texto “llaman la atención el encono con Uriburu, la recuperación de la figura de Yrigoyen, la condena del liberalismo y de la Constitución de 1853” (Kozel, 2018: 226).

Este artículo sería una suerte de mojón previo a *La Argentina y el imperialismo británico*, libro publicado por Rodolfo y Julio Irazusta en 1934, en un contexto más que oportuno para que generara un impacto inmediato. 1933 fue el año del controvertido tratado Roca-Runciman que deparó beneficios ostensibles a los capitales ingleses con el sólo objetivo de beneficiar a los grandes terratenientes y exportadores locales; también fue el año en el que aconteció la muerte de Hipólito Yrigoyen, despedido por una inédita movilización popular; y también se creó la Comisión Pro repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas. En tanto que, en 1935, surgió la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) y aparecieron dos libros singulares: *Ensayo sobre Rosas y la suma del poder*, de Julio Irazusta; y *Catilina, una revolución contra la Plutocracia en Roma*, de Ernesto Palacio. En esos años se articularon esta serie de eventos que contribuyeron a promover la circulación de las ideas nacionalistas y a propiciar un clima de ideas favorable para la recepción de *La Argentina y el imperialismo británico*.

En su libro, Palacio recupera la rebelión de Catilina, en tiempos de Cicerón y Julio César, para terminar elogiando la figura de César, y resaltar así la importancia de los liderazgos unipersonales (y populares) en la historia. De acuerdo con Fernando Devoto (2018),

la obra de Palacio es menos una exaltación de Catilina o un lamento de la degradación de la aristocracia, que una no velada apología de César y el cesarismo y, a la vez, un crudo retrato de la política como conflicto entre facciones de las clases dirigentes (p. 216).

A la vez, Palacio retoma aquel acontecimiento producido en el ocaso de República romana y las dramáticas cuestiones que suscitó y promovió, en diálogo con los propios acontecimientos ubicados en los albores de la década del treinta. A contramano de una lectura “ciceroniana” de este episodio perdurable, condenatoria de la figura de Lucio Sergio Catilina y que redujera su popular figura a la del mero conspirador con ímpetu autocrático, Palacio, en los términos propuesto por Horacio González, “hace del conspirador un lúcido plebeyo”. Según recuerda el autor de *El acorazado Potemkin en los mares argentinos*, este libro de Palacio “estaba dirigido contra el general Uriburu, autor del golpe de Estado que en principio Palacio había apoyado”⁶. Palacio, cual “sutil nacionalista”, como lo define González, revisaba así su anterior adscripción sin abjurar de lo que parecería resultar una suerte de constante en su obra: la importancia de encontrar un nuevo liderazgo que impulse los tópicos del nuevo nacionalismo en ciernes.

108

Los Irazusta, por su lado, con *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena (1806-1933)*, marcaron el punto de partida de un tema que, en lo sucesivo, será recurrente entre los intelectuales y escritores del heterogéneo campo nacional: el peso del imperialismo inglés en la historia local. En su obra, Rodolfo y Julio establecieron una secuencia que se inicia con las Invasiones Inglesas de 1806 y que luego encuentra un antecedente equivalente al del tratado Roca-Runciman: el empréstito solicitado por Bernardino Rivadavia a la Baring Brothers, que dio inicio al largo problema de la deuda externa. Los autores establecían así un juego de equivalencias entre ese hecho y el mencionado acuerdo firmado el 2 de mayo de 1933, durante la presidencia de facto de Agustín P. Justo, por el vicepresidente Julio Argentino Roca – hijo – y el encargado de negocios británico, Walter Runciman.

⁶ Véase “Conspiración y República”: artículo publicado por Horacio González en el diario *Página 12*, el 9 de febrero del 2010. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-139868-2010-02-09.html>

Sin prescindir del uso del anacronismo, de una lectura del pasado determinada por los problemas del presente, los Irazusta desarrollaron y relataron de modo hábil y original una secuencia de momentos significativos en los que el país se habría desviado de su supuesto curso promisorio. A tono con su mirada elitista y conservadora, cuestionaron la degradación de la clase dirigente a partir de establecer una distinción entre el poder aristocrático como gobierno de los mejores en representación de los intereses nacionales y el poder oligárquico como la dominación de un grupo que confunde los intereses de la nación con los propios. De ese modo, los Irazusta mantuvieron su crítica aristocratizante pero la inscribieron en el nuevo trasfondo político y económico de los años treinta.

A su vez, en *La Argentina y el imperialismo británico* dirigieron sus dardos a Domingo Faustino Sarmiento al que ubicaron como continuador de Rivadavia, más precisamente como reencarnación del tipo “rivadaviano”, cual suerte de letrado con conocimientos abstractos y ajenos a los quehaceres prácticos de la vida nacional. El anti-intelectualismo, uno de los tópicos más usuales del nacionalismo, hacía su entrada con esta argumentación. Agustín P. Justo, Roca (hijo), y el entorno gobernante en su conjunto, significaron, desde esta visión, una suerte de reaparición en escena de esta elite “antinacional” que se habría iniciado con Rivadavia. Es Rosas, desde esta concepción, quien aparece como encarnación del líder práctico, garante del orden y el interés nacional, y conductor de una elite virtuosa como la que aspiraban a recrear los Irazusta en la década del '30 que al poco tiempo sería conocida como “La década infame”, por la notoria inventiva del periodista nacionalista José Luis Torres.

Influidos por las primeras relecturas matizadas de la figura de Rosas que hicieron en el cambio de siglo Adolfo Saldías, José María Ramos Mejía y Ernesto Quesada, los Irazusta y también Palacio fueron activos partícipes de la recuperación de “El Restaurador”; recuperación que compartieron con otros nombres variopintos del campo intelectual, incluso de la generación previa, como el propio Manuel Gálvez o Carlos Ibarguren.

7. Reflexiones finales

Desde la distancia y la mirada crítica generadas en buena medida por ver frustradas sus propias expectativas personales y, sobre todo, ante la crisis sistémica - de orientación y sentido - que atravesaba el país, los neorrepublicanos volvieron la mirada hacia el pasado para hurgar en las supuestas verdaderas causas que explicarían la situación sombría en la que se encontraba el país a comienzos de los años treinta. Como integrantes del ala derecha de la “generación vitalista” que emergió de la primera posguerra, en peculiar sintonía con aquella nueva sensibilidad, se ha retomado y analizado en el presente trabajo un conjunto de temas, argumentos y debates instigados por los jóvenes neorrepublicanos que funcionaron como elementos introductorios de una disposición que en la década del treinta tomaría un cauce definitivamente historiográfico y ensayístico.

Por un lado, la reconsideración de los años de formación de Ernesto Palacio y Julio Irazusta se vinculó con los tópicos que los inquietaron en aquella primera etapa de *La Nueva República*. A su vez, se intentaron encontrar posibles puntos de antelación, continuidad, diferenciación y ruptura entre aquellas primeras “estocadas” y las indagaciones e inquietudes que los ocuparían en la década siguiente y que terminarían confluyendo en la nueva escuela historiográfica que se daría a conocer con el nombre de Revisionismo Histórico. Esta escuela, más allá de las objeciones o elogios que se le puedan conceder según la opinión de cada quien, abriría un nuevo campo semántico en el sentido común histórico de los argentinos, generando futuras corrientes historiográficas que se diferenciarán pero a la vez la reconocerán como fuente principal, traspasando los límites del debate erudito y/o académico para entrecruzarse con las discusiones públicas acerca de las marcas pasadas que repercuten en las encrucijadas del presente.

La profundización de la crisis económica fue indudablemente un factor sumamente gravitante en las nuevas entonaciones que ofreció el grupo que, por entonces, compartían y encabezaban los hermanos Irazusta y Palacio. En palabras de Oscar Terán (2008):

El impacto de la caída de Wall Street en 1929 y la crisis social y política de comienzos de los años treinta son episodios que marcan una profunda ruptura que afecta de modo decisivo ciertas autoimágenes argentinas largamente continuadas, relacionadas con la creencia en la excepcionalidad de este país y su destino de grandeza (p. 227).

El impacto fue tal en el grupo de *La Nueva República* que reconfiguró su lectura de la historia nacional. Entre ellos, emergió cabalmente la idea de que la Argentina había equivocado su rumbo, desde la caída de Rosas en 1852, y esa orientación sesgada, a manos de la elite liberal pro-británica que emergió de Caseros, había llevado el destino nacional a una situación de extrema vulnerabilidad al estallar la crisis financiera internacional.

Por último pero no menos importante, en aquella segunda etapa se avizoraron diferencias entre Palacio y los Irazusta que se agudizarían en la década siguiente, sobre todo durante los años peronistas. Como se ha dicho, Palacio depositaba buena parte de sus esperanzas en la aparición de un nuevo liderazgo que reencauzaría, según su mirada, el rumbo histórico perdido del país. Esta concepción puede explicar, en parte, su futura pertenencia al peronismo del que incluso llegó a ser diputado, compartiendo banca - y hasta cierta afinidad circunstancial - con un joven John William Cooke, futuro emblema de la izquierda peronista emergida en los años de proscripción de este movimiento (1955—1973). Sin dejar de lado esa combinación de nacionalismo restaurador y catolicismo integrista que absorbió Palacio en su juventud, su trayectoria político-intelectual posterior lo resituó en el tránsito de un yrigoyenismo tardíamente recobrado, a la par de su autocrítica por haber apoyado a Uriburu, hasta llegar a su defensa del controvertido Golpe nacionalista del '43 seguida por su entusiasta participación como parlamentario oficialista durante el primer gobierno peronista.

Los hermanos Irazusta y Palacio se distanciarían definitivamente con la irrupción del peronismo. Los primeros, consecuentes con su nacionalismo cerril y aristocrático, se espantaron ante el creciente protagonismo de las masas

trabajadoras. En tanto que Palacio acudió al encuentro del nuevo liderazgo con ribetes plebeyos que anhelaba.

¿Cómo se cita este artículo?

FORSTER, T. (2021). La derecha nacionalista entre finales de los años veinte y comienzos de los treinta: una aproximación a los casos de Ernesto Palacio y Julio Irazusta. *Argumentos. Revista de crítica social*, 23, 89-114. [link]

Bibliografía

Altamirano, C. (2013). *Intelectuales. Notas de una investigación sobre una tribu inquieta*. Siglo Veintiuno.

Altamirano, C. y Sarlo, B. (2016). La Argentina del Centenario. Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. En *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia* (pp.199-244). Siglo Veintiuno.

Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Eudeba.

Casullo, N., Forster, R. y Kaufman, A. (1999). *Itinerarios de la modernidad. Corrientes de pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Eudeba.

Devoto, F. J. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Siglo Veintiuno.

Devoto, F. J. (2018). Acerca de la clase dirigente como problema en el pensamiento de la derecha nacionalista. En C. Altamirano y A. Gorelik (Comps.), *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo XX*. Siglo Veintiuno.

Echeverría, O. (2004). De la apelación antidemocrática al colonialismo como argumento impugnador de la “oligarquía”: los hermanos Irazusta en la génesis del Revisionismo histórico argentino. *Prohistoria*, 8, 173-191.

- Funes, P. (2006). *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Prometeo.
- Halperín Donghi, T. (2007). *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*. Emecé.
- Irazusta, J. (1975). *Memorias (historia de un historiador a la fuerza)*. Ediciones Culturales Argentinas.
- Kozel, A. (2018). Julio Irazusta y la condición antinacional de la oligarquía. En C. Altamirano y A. Gorelik (Comps.), *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo XX*. Siglo Veintiuno.
- López, M. P. (2004) *Lugones: entre la aventura y la cruzada*. Colihue.
- López, M. P. (2010). *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*. Eudeba.
- Luna, F. (1982). *Alvear*. Editorial de Belgrano.
- Mutsuki, N. (2004). *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*. Biblos.
- Rock, D. (1975). *El radicalismo argentino. 1980-1930*. Amorrortu.
- Ramos, J. A. (2013). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. 4. La factoría pampeana (1922-1943)*. Peña Lillo – Ediciones Continente.
- Romero, J. L. (1996). *Breve historia de la Argentina*. FCE.
- Said, E. W. (2006). *Orientalismo*. Debolsillo.
- Sarlo, B. (1988). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Nueva Visión.
- Sarlo, B. (2016). Vanguardia y criollismo. La aventura de Martín Fierro. En C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia* (pp. 245-252). Siglo Veintiuno.

Tato, M. I. (2005). ¿Alianzas estratégicas o confluencias ideológicas? Conservadores y nacionalistas en la Argentina de los años treinta. *Cuadernos del CLAEH*, (28) 91, 119-135.

Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina*. Siglo Veintiuno.